



Una colección especialmente diseñada para
acercar a los niños al placer de la lectura

Titulos publicados

GENOVEVA

Texto de Emma Rodríguez
Ilustración de Felipe Ugalde

CLARA Y EL CANGREJO

Texto de Aline Pettersson
Ilustración de Isabel Noriega

EL SECRETO DE PEREJIL

Texto e ilustración de Laura
Fernandez

MI CABALLITO ROJO

Texto de Eduardo Langagne
Ilustración de Felipe Alcántar

EL DÍA QUE FUE DE NOCHE

Texto de Eva Salgado
Ilustración de Diego
Echeagaray

LOS LIBROS TIENEN LA PALABRA

En el Estado de México visite la Librería "Vermor"
Prolongación Isidro Fabela Sur No. 799,
Atzacmulco



Dirección General de Publicaciones



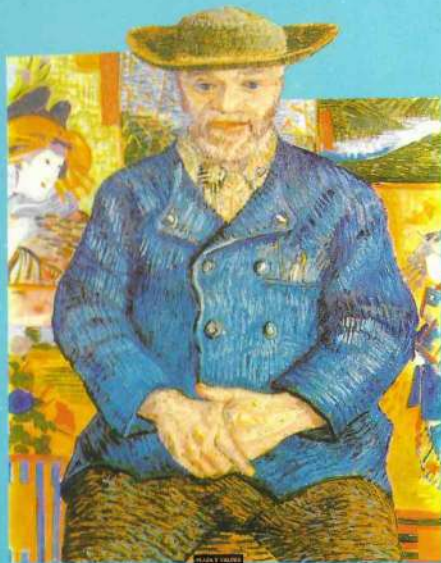
DI SÍ A LA LECTURA

ANTOLOGIA DE CUENTO, RELATO O VIÑETA

\$ 3,000
N\$ 3.00

EL RAMO AZUL

y otros dos



IXTLIXOCHITL, PAZ, RAMOS



Quincenal



**RADIO
EDUCACION**

**XEEP 1060 KHZ
XEPPM-OC 6185 KHZ**

Cultura con imaginación



PIPSA

Grupo Industrial y Comercial

El Papel de la Cultura

La masacre
Exilixochitl

El ramo azul
Octavio Paz

Nace la ciudad y seguimos ebrios
Omar Alexis Ramos

LA MASACRE

Ixtlilxóchitl

Diseño de portada: Plaza Valdés

Primera y única edición: noviembre de 1992

© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

© Ixtlilxóchitl, Octavio Paz y Omar Alexis Ramos

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla española. Prohibida la reproducción Total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Editado en México por Plaza y Valdés Editores.
Calle Cedro 299, Col. Sta. Ma. la Ribera,
México, D.F., Tel. 547-46-00

ISBN: 968-856-311-0

HECHO EN MÉXICO

Hiciéronse este día (cuando fue tomada la ciudad), una de las mayores crueldades que sobre los desventurados mexicanos se han hecho en esta tierra. Era tanto el llanto de las mujeres y niños que quebraban los corazones de los hombres. Los tlaxcaltecas y otras naciones que no estaban bien con los mexicanos se vengaban de ellos muy cruelmente de lo pasado, y les saquearon cuanto tenían.

Ixtlilxóchitl (de Tezcoco y aliado de Cortés) y los suyos, al fin como eran de su patria, y muchos de sus deudos, se compadecían de ellos, y estorbaban a los demás que tratasen a las mujeres y niños con tanta crueldad, que lo mismo hacía Cortés con sus españoles. Ya que se acercaba la noche se retiraron a su real, y en éste concertaron Cortés e Ixtlilxóchitl y los demás señores capitanes, del día siguiente acabar de ganar lo que quedaba.

En dicho día, que era de S. Hipólito Mártir, fueron hacia el rincón de los enemigos. Cortés por las calles y Ixtlilxóchitl con Sandoval, que era el capitán de los bergantines, por agua, hacia una

laguna pequeña, que tenía aviso Ixtlilxúchitl cómo el rey (*Cuauhtémoc*) estaba allí con mucha gente en las barcas. Fuéronse llegando hacia ellos.

Era cosa admirable ver a los mexicanos. La gente de guerra confusa y triste, arrimados a las paredes de las azoteas mirando su perdición; y los niños, viejos y mujeres llorando. Los señores y la gente noble, en las canoas con su rey, todos confusos.

El Ramo Azul

Octavio Paz

Desperté, cubierto de sudor. Del piso de ladrillos rojos, recién regado, subía un vapor caliente. Una mariposa de alas grisáceas revoloteaba encandilada alrededor del foco amarillento. Salté de la hamaca y descalzo atravesé el cuarto, cuidando no pisar algún alacrán salido de su escondrijo a tomar el fresco. Me acerqué al ventanillo y aspiré el aire del campo. Se oía la respiración de la noche, enorme, femenina. Regresé al centro de la habitación, vacié el agua de la jarra en la palangana de peltre y humedecí la toalla. Me froté el torso y las piernas con el trapo empapado, me sequé un poco y, tras de cerciorarme que ningún bicho estaba escondido entre los pliegues de mi ropa, me vestí y calcé. Bajé saltando la escalera pintada de verde. En la puerta del mesón tropecé con el dueño, sujeto tuerto y reticente. Sentado en una sillita de tule, fumaba con el ojo entrecerrado. Con voz ronca me preguntó:

—¿Onde va, señor?

—A dar una vuelta. Hace mucho calor.

—Hum, todo está ya cerrado. Y no hay alumbrado aquí. Más le valiera quedarse.

Alcé los hombros, musité "ahora vuelvo" y me metí en lo oscuro. Al principio no veía nada. Caminé a tientas por la calle empedrada. Encendí un cigarrillo. De pronto salió la luna de una nube negra, iluminando un muro blanco, desmoronado a trechos. Me detuve, ciego ante tanta blancura. Sopló un poco de viento. Respiré el aire de los tamarindos. Vibraba la noche, llena de hojas e insectos. Los grillos vivaqueaban entre las hierbas altas. Alcé la cara: arriba también habían establecido campamento las estrellas. Pensé que el universo era un vasto sistema de señales, una conversación entre seres inmensos. Mis actos, el serrucho del grillo, el parpadeo de la estrella, no eran sino pausas y sílabas, frases dispersas de aquel diálogo. ¿Cuál sería esa palabra de la cual yo era una sílaba? ¿Quién dice esa palabra y a quién se la dice? Tiré el cigarrillo sobre la banqueta. Al caer, describió una curva luminosa, arrojando breves chispas, como un cometa minúsculo.

Caminé largo rato, despacio. Me sentía libre, seguro entre los labios que en ese momento me pronunciaban con tanta felicidad. La noche era un jardín de ojos. Al cruzar una calle, sentí que alguien se desprendía de una puerta. Me volví, pero no acerté a distinguir nada. Apreté el paso. Unos instantes después percibí el apagado rumor de unos huaraches sobre las piedras calientes. No quise volverme, aunque sentía que la sombra se acercaba cada vez más. Intenté correr. No pude. Me detuve en seco, bruscamente. Antes de que

pudiese defenderme, sentí la punta de un cuchillo en mi espalda y una voz dulce:

—No se mueva, señor, o se lo entierro.

Sin volver la cara, pregunté:

—¿Que quieres?

—Sus ojos, señor —contestó la voz suave, casi apenada.

—¿Mis ojos? ¿Para qué te servirán mis ojos? Mira, aquí tengo un poco de dinero. No es mucho, pero es algo. Te daré todo lo que tengo, si me dejas. No vayas a matarme.

—No tenga miedo, señor. No lo mataré. Nada más voy a sacarle los ojos.

Volví a preguntar:

—Pero, ¿para qué quieres mis ojos?

—Es un capricho de mi novia. Quiere un ramito de ojos azules. Y por aquí hay pocos que los tengan.

—Mis ojos no te sirven. No son azules, sino amarillos.

—Ay, señor, no quiera engañarme. Bien sé que los tiene azules.

—No se le sacan a un cristiano los ojos así. Te daré otra cosa.

—No se haga el remilgoso, me dijo con dureza. Dé la vuelta.

Me volví. Era pequeño y frágil. El sombrero de palma le cubría medio rostro. Sostenía con el brazo derecho un machete de campo, que brillaba con la luz de la luna.

—Alúmbrese la cara.

Encendí y me acerqué la llama al rostro. El resplandor me hizo entrecerrar los ojos. Él aparto mis párpados con mano firme. No podía ver bien. Se alzó sobre las puntas de los pies y me contempló intensamente. La llama me quemaba los dedos. La arrojé. Permaneció un instante silencioso.

—¿Ya te convenciste? No los tengo azules.

—Ah, qué mañoso es usted —respondió—. A ver, encienda otra vez.

Froté otro fósforo y lo acerqué a mis ojos. Tirándome de la manga, me ordenó:

—Arrodíllase.

Me hincé. Con una mano me cogió por los cabellos, echándome la cabeza hacia atrás. Se inclinó sobre mí, curioso y tenso, mientras el machete descendía lentamente hasta rozar mis párpados. Cerré los ojos.

—Abralos bien —ordenó.

Abrí los ojos. La llamita me quemaba las pestañas. Me soltó de improviso.

—Pues no son azules, señor. Dispense.

Y desapareció. Me acodé junto al muro, con la cabeza entre las manos. Luego me incorporé. A tropezones, cayendo y levantándome, corrí durante una hora por el pueblo desierto. Cuando llegué a la plaza, vi al dueño del mesón, sentado aún frente a la puerta. Entré sin decir palabra. Al día siguiente huí de aquel pueblo.

NACE LA CIUDAD Y SEGUIMOS EBRIOS

Omar Alexix Ramos

Era viernes, diferente a otros porque acababas de cobrar. Querías comprar unos libros, la idea era ir a Coyoacán y regresar, pasar la tarde con los cuates...

Pero caminaste en sentido contrario y tomaste un taxi que te llevó hasta tu ex-escuela, a ver a la banda. Te invitaron a tomar unas chelas. Te vieron más madreado. Dañado.

A ella la viste cuando platicaba con uno que podía ser Pepe o Renato; se saludaron de lejos. Recorriste mano por mano: hembra, macho, chela, son, lira, chela, armónica, chela, hembra, macho, son, el dueño de la casa, toque... llegaste hasta ella.

Beso. Hola-cómo-estas. Espiabas su rostro, sin darte cuenta repetías las preguntas, entonces ella contestaba lo mismo creyendo que no oías. "¿Todavía no mejoras de los oídos?" Se acercó, sándalo perfecto, labial rojo, ojos arrancados a la diosa del infierno. "Exagero", te cruzó por la mente.

Tomaban licor de cacahuete, comentarios de rigor de la gente de rigor. Chela, son, lira, reco-

rrías con la mirada, hembramacho-besohembra-macho-bulto, chela, son; "...otra, toca otra", chela y así era el rol. Las sombras se estiran como la sábana de la noche.

Le dijiste que te ibas, o ella dijo primero; la mayoría andaban "puestos". Acordaron salir sin despedirse. Las despedidas duraban dos horas.

Caminaron hasta la Noria, tomaron un pesero a Izazaga. "Se cobra dos-ella pagó- uno en hui-pulco y otro en periférico. Ahí bajas ¿no?

La propuesta fue ir a tu casa a tomar una cerveza, finalmente vodka, que además el vinatero no te quería vender porque le caíste mal.

Hicieron el camino a tu depa en silencio; ella fumaba y tú recordabas la primera vez que pachecuearon juntos. Era bonita, te encantaron sus piernas; te impresionó además, porque trabajaba y tenía que arreglarse. Y se arreglaba muy bien.

Guillermo, el idiota que te la presentó, dijo que era bien puta porque era bien mariguana. Su visión no iba más lejos.

Entraron a tu departamento, olía a incienso; se acabaron la botella de vodka escuchando a Pink Floyd y Capitán Beefhearte.

Sacaste un chubi.

La miraste de frente.

Y todas las palabras fueron para ti:

Siempre he creído que el réquiem, el rol y yo, comemos de la misma pieza de pollo. En el

cuarto la voluta del incienso sube en cascadas y se mezcla con el humo de la yerba.

Es mejor apagar la luz eléctrica y prender una vela, entonces los fantasmas se hacen visibles en las paredes y el techo.

Aspiro larga y profundamente, Tieta me exige bañar el churro. "Luego se va de volada". Siento los arañazos en la garganta.

—Tú estás del otro lado. Digo sin saber por qué.

—Pero tu estás completamente del otro lado; cinco siglos después de los grillos corruptoresaqueadoresrebendecidos por los calzones del papa, mariguaneamos en tu casa y a ti se te ocurre filosofar de espacios físicos.- Me acaba, portando la lengua del dragón de la verdad. A veces es muy fría. Me siento ridículo.

—Ya ves, te digo que no quieres rolar... cómo quieres que entone en la plática si no corriges.

Le extendiendo el cigarrillo y el Domina Jesu cae bendiciendo nuestra sacramental pachea. Arroja el humo directamente en mi cara, aspiro.

Ella está siempre donde no la busco. Abajo de las piedras que ruegan sedientas por una leyenda. Se descalza, sus calcetas cuelgan de una silla lamentando no estar donde les gustaría estar. Una chamarra de mezclilla duerme en un rincón, agotada de tantas lunas, la ciudad y un verano lluvioso.

—La culminación de mi vida está en mi hija, es mi vida pasada y mi instante. Pero ya los dos

sabemos que no sirve de nada. Como que miras el reloj a cada rato y te burlas de ti mismo ¿no?

—¿Porqué no escribes todo eso? - Sugiero.

—Hay cosas que... me cae, eso no se escribe, eso emputa o gritas. Tu crees que con escribirlo ya está... pero... chale ya me regañó... vas.

—Ya ves, por atascada.

El réquiem deja de sonar. Tropiezo con unos pantalones a media habitación, cambio Mozart por Morrison, de regreso su brazo me ofrece un lugar donde ocultarme. Fumo nuevamente: las astillas de la mota se aferran a mis pulmones.

Ella dice que el diablo está donde no se lo cuelgan; que un eructo dice todo lo que un eructo quiere decir, que el pedo es tan sutil que ni cuenta te das y luego estas todo embarrado de mierda; que yo era como su hermano y ahora tenemos una hija que nos estorba a los dos, que se da pautas y me pinta huevos.

Ahora sí está pacheca.

Me llamo Tieta y la vecina que tengo enfrente ni siquiera sabe eso, pero ya me ha sacado veinte kilos de azúcar en ochocientas noventa y cuatro veces que ha ido a pedir. Taza por taza la odio.

—¿Tienes quemabachas?

—Antes de que mates, deja me doy el del baisa.

—No pues ya fue.

—Ni modo, estuvo rica.

—No te preocupes, ahí esta el oxtro.

Aym de espai, in de jaus of lov, ai nou yur drims y ella baila, se contrae, jala aire. ¿Por qué somos tan asquerosamente reventados? Como cuando vendíamos la coca que nos rolaba tu papá. Y los atascones que nos poníamos. Nació la niña. Nació muy de mañana; agarraron a tu papá, te castaste con otro; para ver a tu papá en el bote, metías la coca entre los pañales con caca. Mujer respetable, hija de militar agarrado en Chuecas Transas.

Cuando salió y me echó mierda, a tí te corrió. Te fuiste para perderte de vista dos años. Luego yo en Oaxaca bateando un cacho de mota cada semana. Apañón y los viajes con Rolando el de las historias. Mis poemas y tus ganas de ser puta.

Regresaste el día que Miguel, un litro de tequila y yo madreamos a dos uniformados, gritando a la noche lo mucho que nois pela las ganas la ley. Miguel vomitando todos los coches en los que nos subimos. Después lo dejé tirado en el baño de su casa, adherido al water.

Y yo, a subirme a los taxis para no pagar, con mi cara de loco esquizoide:

"Mira pinche taxista, máste vale que me lles a donde te digo porque traigo droga y nos vienen siguiendo".

Ellos perdieron gasolina. Yo mi agenda y una chava que un día quise.

14

Se terminó de imprimir en noviembre de 1992
Con un tiraje de 36,000 ejemplares



**SISTEMA
DE TRANSPORTE
COLECTIVO**

**UN ESPACIO
PARA
LA CULTURA**